

su forma, y sin que en el lugar en que ardió volvierá á nacer yerba.

Los rancheros se santiguaron admirados, y la comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo,—vean Ustedes lo que es el carácter nacional—que, algún tiempo después, nadie conociera al mallorquino, sino por el apodo de “El hombre del turbante.”

## VI

### A DOS DEDOS DEL ABISMO.

Sin aguardar señales de aprobación ó desaprobación por parte de su auditorio, y apenas tomándose el tiempo necesario para escupir, prosiguió así el capitán:

—Horribles como son algunas de las peripecias de este cuento, han de saber Ustedes que no hizo mayor impresión en el ánimo de una persona que ha figurado en México en altos puestos públicos, dotada de talento, instrucción y sensibilidad; persona que llamaba la atención por la irascibilidad de su carácter, por el fuego de su ima-

ginación, por la viveza con que gesticulaba al hablar, y también—preciso es que lo agregue—por cierta nobleza en sus ideas y acciones, de que se hallaban en los primeros tiempos de nuestra independencia no pocos tipos, que van ya desapareciendo casi por completo, y que á la vuelta de quince ó veinte años tendrían que sentar plaza de necios y que morirse de hambre.

El Marqués del Veneno—llámole por su nombre de batalla, que le había sido puesto por sus amigos á causa de la vanidad que fundaba en su prosapia, y de la facilidad con que se encolerizaba;—el Marqués del Veneno, digo, era hijo de un abogado de la real Audiencia, y había presenciado las últimas pompas y los primeros sinsabores formales del virreinato, pues justamente, aunque imberbe todavía, tomaba chocolate con Iturrigaray, hablándole de las reformas introducidas en los obradores de paño de Querétaro, cuando los comerciantes españoles, recelosos de la conducta de su paisano y gobernante, entraron á amarrarle con toda la urbanidad posible en tal lance. Educado nuestro joven en las oficinas de aquella época, nadie le igualaba en el corte de

la casaca azul ó verde con botones dorados, ni en la elegancia con que su lavandera almidonaba los puños y pechera de su camisa de batista. Limpia, y aunque fuese de jamán, la habría querido en sus últimos años, en que le ví consumirse de miseria y desesperación, sin tener una compañera que endulzara sus cuidados, pues, ¡cosa singular! las mujeres, que, por regla general, nunca se paran en las malas circunstancias de un hombre casable, no se resolvieron á sufrir las consecuencias del bilioso carácter del Marqués; y éste, que, así arreglaba una partida de campo ó de baile, como formulaba un plan de hacienda ó urdía una conspiración, jamás pudo hallar su mitad en el sexo femenino; lo cual—de paso sea dicho—no deja de redundar en honra de las doncellonas de mi tiempo, que no parecían avernirse tan mal á su estado como las de hoy.

Pero me difundo y desví de mi asunto, costumbre que contraje desde que fui ayudante del General Victoria, quien, como Ustedes sabrán, una vez que tomaba la palabra, ni la soltaba, ni por mal pensamiento procuró jamás ligar su última idea, no digo ya con la primera, pero ni con la penúl-

ma de su discurso. Ahijado suyo de pila era el Marqués, no sé por qué circunstancia, aunque no heredó la incoherencia de la frase, ni las ideas políticas del padrino, á quien, por lo demás, profesaba sincero afecto, bien correspondido del General, quien no se hallaba sin su *chaqueta*, apodo con que designaba al ahijado. Y era de ver á éste en palacio, durante la presidencia de Victoria y cuando el General era nada menos que el jefe y el ídolo de los yorkinos, en disputa animadísima y casi constante con ellos y hasta con su patrón, acerca de si Lemaur llegó ó no á comer ratones en Ulúa; de si España conservaba ó había ya perdido el derecho que los tratados de Córdoba le reservaron de darnos uu monarca á su gusto, y de si los distintivos y el traje del rito escocés, á que él pertenecía en cuerpo y alma, eran más vistosos ó menos extravagantes que los que usaban los afiliados en las logias del rito de York, que acababan de ser fundadas por Poinsett y que constituían, como si dijéramos, la novedad del día. Exaltábase el ahijado en las disputas, poniéndosele amarillas las pupilas, que eran verdes en estado de reposo; echan-

do espuma por los labios y dando fuertes puñadas en las mesas, no sin amenazar con el triunfo de su propio partido y el exterminio de sus contrarios. Pero si alguno de éstos le sacaba de aquel terreno, trasplantando la disputa al campo de la ciencia ó de las modas, y disertando sobre el número de patas de una mosca y el buen ó mal gusto de los pantalones que empezaban á usarse en Francia con trabillas, todo el ardor y vehemencia empleados por el Marqués en sus altercados políticos, venían en auxilio suyo en la nueva cuestión. Poseía un excedente normal de bilis en el estómago, y necesitaba de la controversia para darle salida, tal como el fuego subterráneo necesita abrirse respiraderos. Comprendiéndolo así los albañiles y dignidades del rito de York, no se daban por lastimados de sus injurias; limitándose á presentarle un vaso de agua, cuando el exceso de su exaltación podía orillarle á un caso de hidrofobia. Por otra parte, el ahijado era hombre franco y leal hasta el quijotismo; no mentía ni de chanza; tenía una palabra más firme que el Peñón de los Baños, y no podía ver una necesidad sin tratar de remediarla; todo lo cual

le hacía estimable á sus mismos contradictores.

Iba yo á decir—y por poco no llego á hacerlo—que, ahijado él, y ayudante yo del presidente Victoria, quien tenía, después de todo, un exceleute corazón, nos veíamos y juntábamos con frecuencia en palacio, y no sin mutua mortificación, por ser ambos aficionadísimos al uso largo y exclusivo de la palabra, de lo cual resultaba, como dijo una vez Don Andrés del Río, que no éramos elementos afines, sino opuestos. Pero sucedió que cierta noche en que, á consecuencia de una disputa más acalorada todavía que de ordinario, mi hombre se vió amagado de una especie de epilepsia que le dejó sin alientos de hablar durante diez ó doce minutos; aprovechando yo su forzado silencio, y con motivo del rumor de una aparición nocturna que solía espantar al ayudante de guardia, le espeté de cabo á rabo la tradición del “Hombre del caballo rucio,” que Ustedes acaban de oír. No obstante la viveza de su imaginación y el interés que tomaba al hablar ú oír hablar de sucesos y de cosas de mucha menor importancia, las columpiadas del muerto en la viga

madre de la casa del rancho, y el espontáneo incendio de su arrancada coleta, halláronle indiferente y frío. Esto no pudo menos que chocarme, y manifestándole mi extrañeza, me dijo:

—Acabo de verme en un lance mucho más terrible que el del hombre que quiso atrapar al del caballo rucio. Los espantos de los vivos son mucho más serios y temibles que los de los muertos; y aunque yo jamás he creído en estos últimos, todavía estoy azorado de resultas de aquellos. Sepa Usted, señor capitán, que acabo de verme á dos dedos del abismo. . . . ; Sepa que he estado á punto de casarme por compromiso!

—¿De casarse por compromiso? le pregunté, no comprendiendo el sentido de la frase.

—De casarme por compromiso, ni más ni menos, volvió á decir; y, limpiándose los labios que aun guardaban la espuma de su postrer cólera, y desabrochándome la pechera del uniforme, ó desarreglándome el cinturón de cuero de la espada y dándome fuertes puñadas en el pecho, según lo requería el curso de su narración, refirióme, durante más de dos horas, lo que, compen-

diando ó sintetizando, como decía un amigo mío que se preciaba de lógico, voy á contar á Ustedes en unos cuantos minutos.

Lo sustancial de mi historia es que el Marqués del Veneno era un hombre casable, ó casadero, como hoy se dice; que los padres le creían buen partido para sus hijas, y que el, en mi concepto, hizo mal en no tomar la esposa que entonces se le proporcionaba; pues mejor le habría estado casarse por compromiso, que consumirse de solterón más tarde contra su voluntad, por no haber hallado mujer que le quisiese. Sentado esto, entremos en materia.

Repito que era el Marqués un excelente partido, al menos en lo ostensible. Hijo de una familia muy decente, joven bien aperiodado, elegante y de esmerada educación, abrigaba ideas religiosas y nobleza de alma, según he dicho. La irascibilidad de su carácter aun no era notada sino de las personas que le tratábamos muy de cerca, y en la apreciación de la sociedad en general, pasaba por viveza y fogosidad juveniles. Ni era de despreciarse la circunstancia de estar empleado con buen sueldo en un ministerio, no obstante ir ya de baja los escoceses; ni se

ignoraba su parentesco espiritual con Don Guadalupe, de quien todos creían que le haría seguir subiendo más que de prisa.

Concurría el Marqués casi todas las noches á la tertulia en que reunía en su casa íá lo más florido de la capital, la Señora Rodríguez, tan famosa por su belleza como por su trato, y que parecía hallarse entonces en todo el brillo de su primera juventud, no obstante que á principios del siglo había recibido ya en sus aras el incienso de la adoración de un ilustre sabio, el Barón de Humboldt, quien, poniendo por alguns días en olvido las alturas barométricas de los Andes, sólo se acordó de los osos más estupendos de aquellas montañas, para imitarlos, con más ó menos gracia, ante beldad tan peregrina. [1]

[1] La Señora Rodríguez que aquí figura, es la conocidísima en México en aquella época bajo el nombre de la *Güera Rodríguez*; siendo de advertir que el epíteto *güera*, sólo familiar y vulgarmente usado, corresponde al de *rubia*.

La Señora de Calderón de la Barca, inglesa de nacimiento y esposa del primer ministro de España en México, vino en 1839 y escribió y publicó bajo el título de «Life in Mexico» una serie de cartas describiendo el país y nuestros hábitos y costumbres sociales, y dando bizarras muestras de su propia agudeza, espíritu de observación, y talento nada común. En la novena de sus cartas habla larga y complacientemente de la *Güera*, que la visitó y dejó admirada de su frescura, belleza y trato. Casada estaba por la tercera vez, y llamaron principalmente la atención de la inglesa su dentadura, su cabellera rica en rizos sin una sola cana y el brillo y vivacidad de sus ojos. El

Era esa la época de la bachillería en las mujeres, y si Molière hubiese vivido y venido entonces á México, habríase convencido de que gastó inútilmente tinta y tiempo en sus «Femmes savantes,» al menos por lo que respecta á las nuestras. Así se hablaba en el círculo femenino de la tertulia, de política y de historia natural, como de las últimas composiciones poéticas de Arriaza y de los discursos del Doctor Don Servando Teresa de Mier en el Congreso; y no era raro oír á las más eruditas, tan pronto recitando el *Pater Noster* en inglés, como respondiendo con versos latinos á las galanterías de sus adoradores. De tales flaquezas se hallaba exenta, como mujer de buen gusto, la señora de la casa.

Distinguíase entre las concurrentes á la tertulia, una joven cuya belleza era prover-

barón de Humboldt, en los primeros años de este siglo, visitó á la madre de la *Güera*, casada ya por primera vez y con dos hijas; y al reparar en ella exclamó entusiasmado: «¡Válgame Dios! ¿Quién es esta niña?» Tratóla asiduamente mientras permaneció él en México y la comparaba con Madama Staël, rindiéndole, según la misma inglesa, los homenajes de su exquisita y platónica adoración. Al hallarla tan fresca y tan hermosa casi cuarenta años más tarde, la Señora de Calderón de la Barca habría podido aplicarle con justicia lo que se ha dicho de nuestra Xóchilt, reina de Tula:

«De belleza sin par, sol sin ocaso.»

*Nota del Autor.*

Roa Bárcena.—16.

bial y habíale conquistado el cetro de la moda en México. Vacía de seso, como el busto de la fábula, había seguido la corriente del gusto, dándose á cultivar lo que llamaba, sin duda por ironía, las bellas letras. Incapaz de raciocinar en prosa, según decía ella misma, hacíalo facilísimamente en verso, y sus labios eran una cornucopia de sonetos, madrigales y letrillas glosadas, muy en boga á la sazón. Leyendo un dístico que acababa de componer á un perrito suyo de Chihuahua, la conoció el Marqués; y aunque deslumbróle su belleza, la impresión poco favorable que le produjo su *intelecto*, influyó no poco en el curso de los sucesos en que figuraron después entrambos como actores. Repito que la belleza de Loreto era extremada; y ya Ustedes se figurarán si sería ó nó numeroso el séquito de sus adoradores, y si llevando ella, como llevaba, el cetro de la moda, y teniendo que presentarse, como si dijéramos, á la altura de su posición, mi señor Don Raimundo del Monte, antiguo catedrático de química, hombre respetable, aunque de escasa fortuna por no haber descubierto el secreto de la cristalización del diamante, y padre de Loretito,

tendría pocos ó muchos calentamientos de cabeza para subvenir á los gastos del bien parecer de su retoño.

Bella y ligera la Loretito, y joven no mal apersonado y de brillante porvenir el Marqués, la legión de solteras, que, ya que no han podido casarse, se consuelan y distraen haciendo ó desbaratando bodas, no tardó en advertir y comunicarse que estaban los dos apropiadísimos el uno para el otro. Era social y hasta galante el del Veneno, y no podía decentemente eximirse de rendir el tributo de su natural cortesanía á la hermosa, objeto de las atenciones y los suspiros de toda la parte masculina de la tertulia. Presto se comenzó á decir en ella, por lo bajo, que el Marqués se inclinaba decididamente á la joven. Ésta llegó á creerlo, en fuerza de oírlo, aunque ninguna de las brillantes flores que regaba á sus piés el empleado de hacienda, ofreciera indicios de cuajar en la forma del más pequeño fruto; y, lisonjeada de recibir entre tantos homenajes los de un mancebo del mérito de mi protagonista, dejóse decir, como luego dicen, y hasta por medio de ojeadas, sonrisas y golpes de abanico, dió á entender

que no le era del todo indiferente el ahijado de su padrino, como en tono joco-serio llamaba á Don Guadalupe entre sus amigas.

Así las cosas, y siendo la señora de la casa mujer de mundo, y enemiga de que surgiera el menor disgusto entre sus tertulianos, llamó cierto día al del Veneno, y le habló en estos términos:

—Que Usted se inclina á Loreto, cosa es que dicen cuantos concurren á mi casa. Que ella no pone á Usted malos ojos, Usted lo habrá notado primero que nadie. Sentados estos preliminares, yo me tomo la libertad de preguntar á Usted, con el carácter de amiga suya y de la familia de esa joven, si realmente Usted la ama. . . .

Aquí el Marqués giró sobre sus talones, como si una víbora le hubiese mordido las corvas, y, tirándole ya las pupilas de verdes á amarillas, exclamó, accionando vivamente con las manos:

—¡Cómo, señora! ¿Conociéndome Usted, y sabiendo mis ideas acerca de su sexo, ha podido figurarse que yo me fijara seriamente en Loreto? Ciertamente que es muy hermosa; pero esto por sí solo no basta á la felicidad doméstica, que se debe basar en el

mérito real de la mujer, en sus disposiciones hacendosas, y, sobre todo, en la conformidad de caracteres y en la mutua simpatía, que aquí no existe ni puede existir, puesto que Loreto me es antipática.

—Así me lo figuraba yo, y por ello he querido tener con Usted esta conversación, á solas, para excitarle á no fomentar, ni siquiera indeliberada ó involuntariamente, el chisme que se ha levantado. Ella es incapaz de enamorarse ni de Usted, ni de nadie; pero su familia tampoco puede sostenerle el lujo que gasta, y se halla en el caso de darle á todo trance un marido que cargue con la petaca. Se le presentan ahora varios partidos ventajosos, y acaso Usted le espante la caza si da lugar á que las gentes sigan diciendo que la enamora. Por otra parte, habladurías de este género suelen comprometer á hombres pundonorosos y delicados como Usted, y á más de uno conozco que las llora tan gordas, por no haber sabido huir de un mal paso á tiempo.

El Marqués, midiendo con la viveza de su imaginación el abismo de que procuraba apartarle la señora, no pudo menos de abrazarla en señal de gratitud, lo cual no im-

portaba, ciertamente, un sacrificio; y, á consecuencia de esta conversación, desde esa noche evitó hallarse en la tertulia en el círculo formado en torno de Loreto, para no tener que dirigir la vista, ni la palabra, á la reina de la moda.

Pero, como toda persona de más imaginación que juicio, tratando de evitar un escollo, fué á tropezar en otro, viniendo así á ahogarse en la propia agua. Esmeró su jovialidad y galanterías con otras jóvenes más ó menos hermosas ó feas; y la malicia humana, representada en no escasa dosis en la tertulia, mirando el desvío del Marqués respecto de Loreto y sus asíduas atenciones hacia otras, dedujo que había habido un rompimiento, ó por lo menos, alguna de aquellas tempestades de verano tan comunes en el vaso de agua de los amantes, y tras las cuales aparece más tierno que nunca el cariño, bajo el frís de la reconciliación. A procurarla cuanto antes se convirtieron los esfuerzos de todas las gentes caritativas de la tertulia, dividiéndose en comisiones diplomáticas la tarea, y yendo á hablar las unas á Julieta y las otras á Romeo. En vano aquella manifestaba—no sin algún des-

pecho, por lo desairado que ella misma estimaba su papel — que no había habido ni afección ni desvío por parte del Marqués. Perdió éste la calma al oír hablar del asunto, y, viendo el color amarillo de sus pupilas los que trataban de inculcarle la conveniencia de hacer las paces, se dijeron, y dijeron á los demás, que debía haber sido grave la causa del rompimiento. Para no cansar á Ustedes, el Marqués desertó de la tertulia, creyendo que éste sería el único modo de poner fin á la charla y la importunidad del prójimo.

No iba descaminado en tal creencia, y á los quince ó veinte días nadie hablaba, ni se acordaba de la pasión, ni del disgusto supuestos. El Marqués concurría á otras tertulias, ó prestaba oído y paciencia algunas noches á la conversación de su padrino el Presidente; y Loreto, más incensada y cortejada que nunca, empezaba á comprender, con aquel instinto que en las mujeres nunca falta de los veinte á los veinticinco años, que de toda la turba de papamoscas que la seguía, no se sacaba un marido de buena madera; por cuya razón, sin duda, iba ya poniendo buena cara á un gallego abarrote



ro vecino suyo, bastante rico, que parecía hundir la tierra cuando andaba, y que se volvía un almibar al nombrar á *Loretito*.

Así las cosas, cierta noche de luna que el Marqués se paseaba por el atrio de Catedral, Inciando el frac azul y los guantes de cabritilla color de fuego, y blandiendo ante las hermosas un finísimo junco, cual si quisiera azotarlas, vió venir á su encuentro á Don Raimundo del Monte, anciano de venerable aspecto, según creo haber dicho; quien, poniéndole la mano en el hombro izquierdo, después de estrecharle ambas suyas con cierta efusión de cariño y confianza no comunes en él, comenzó en el curso de la conversación á informarse, con el mayor interés, de la posición actual, de las esperanzas de mayor adelanto, de los gustos y costumbres domésticas del Marqués, y del estado de su corazón, como provocando de parte suya una explicación cuyo giro tenía previsto. Díjole el joven sin rodeos que se hallaba exento de toda inclinación amorosa, y resuelto á prolongar indefinidamente su alegre vida de soltero, disfrutando de las distracciones que á un hombre de su edad y circunstancias podía proporcio-

nar la residencia de tres ó cuatro años en Europa, á alguna de cuyas capitales contaba con ir, agregado á la legación mexicana respectiva. Moviendo Don Raimundo la cabeza de izquierda á derecha, y guiñándole misteriosamente ambos ojos, se despidió del Marqués, diciéndole que tenía que hablarle de materia muy importante para los dos, y que á la noche siguiente se verían en un café que le designó, dándole cita formal para dicho lugar.

Algo inquieto con motivo de tal cita quedó el del Veneno, inclinándose á creer, después de muchas vueltas en la cama, que, habiendo llegado á oídos de Don Raimundo el rumor de sus supuestas relaciones con Loreto, se propondría el anciano saber de sus mismos labios lo que pudiera haber habido de cierto en el particular. Partiendo de tal hipótesis, el Marqués, cuya conciencia estaba del todo tranquila, se proponía ser franco y leal con el anciano, exponiéndole toda su conducta en el caso, y hasta procurando disipar el mal humor que natural era hubiesen causado á Don Raimundo las habladurías de las gentes; habladurías á que el Marqués no creía haber dado el menor

motivo. Así discurrendo, logró dormirse; y con el aire más tranquilo del mundo se dirigió, á otro día, á la hora convenida, al lugar de la cita, considerándose, como el Caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.

De poco, sin embargo, habríanle servido la limpieza y la espada de Bayardo, y aun la del mismo Bernardo del Carpio, en la aventura que le esperaba. Instalóse en una de las mesitas más apartadas del café, y á breve rato vió llegar á Don Raimundo, que le saludó, y, sentándose á su lado, le habló en estos términos.

—Inútil es, amigo mío, el disimulo, tratándose de asuntos tan graves y trascendentales como el que Usted y mi hija traen entre manos; sin que esto quiera decir que yo desaprobe la prudencia y reserva con que los dos se han conducido. Bien, es verdad, que así Usted como Loreto han llevado el disimulo y el secreto á un extremo tal, que....

—Permítame Usted que le interrumpa, señor Don Raimundo, diciéndole que absolutamente no comprendo á qué asunto se refiere....

—Amigo mío, Ustedes los jóvenes creen

que con ponerse los dedos en los ojos tapan el sol para los demás. Pero, nosotros los viejos, todo lo vemos, descomponemos y analizamos: además, ¿qué no descubren la vista y la penetración de un padre? Desde los primeros síntomas de la pasión de Usted hacia Loreto....

—Pero, señor Don Raimundo, si no ha habido....

—Nada indecoroso, ni siquiera inconveniente en las relaciones de Ustedes, lo sé muy bien; ni podía ser de otra manera, tratándose de un cumplido caballero á quien la decencia y la nobleza de carácter vienen por ambas líneas, y de una joven que, aunque me esté mal proclamarlo, ha sido perfectamente educada, ha leído mucho, y se sabe conducir en la sociedad. Decía yo, amigo Don Leodegario, que desde meses atrás no hubo necesidad de que nadie me soplara al oído: "Estos muchachos se quieren," por ser cosa patente y que no me pasó inadvertida. Acostumbrado yo, sin embargo, desde joven á la descomposición y el análisis, pregunté á mi esposa: "¿Se quieren?" y ella me contestó: "Así lo entiendo." Volví á preguntarle: "¿Te ha di-

cho algo Loreto?" y me respondió: "Ni palabra" Pasan días, y la mutua pasión de Ustedes. . . .

—Deber mío es, señor D. Raimundo, advertir á Usted. . . .

—Deber de Usted es oírme sin interrumpirme. Pasan días y la mútua pasión de Ustedes, llegada á su apogeo, entra al crisol de la prueba. Usted se aleja de Loreto y ella lo disimula. Las gentes insustanciales se dicen: "Han quebrado," y yo digo: "Se desvían como los carneros, para embestirse con mayor fuerza," Las gentes dicen: "El Marqués da señales de inconsecuencia y versatilidad," y yo digo: "Las da de ser más caballero y noble de lo que se cree." Amigo don Leodegario, ¿qué no descubren los ojos de un padre? ¿Qué hay en el mundo moral como en el físico, que resista á la descomposición y el análisis? A poco de aislar y examinar los elementos ó sustancias componentes de tal negociado, la verdad se precipita y aparece en el fondo de la vasija. ¡Lo sé todo, lo veo todo, como si se tratara de una cristalización! Usted, delicado y pundonoroso hasta el qui-jotismo, sabiendo que el comerciante en

abarrotes, Ledesma, pretende á Loreto, y considerándose relativamente pobre, se ha dicho: "No sea yo obstáculo al actual bienestar y aun al mejoramiento de posición de esta joven," y se ha repentinamente retirado del campo. Loreto, á su turno, ofendida de que Usted la crea capaz de sacrificarle en aras del interés, se ha propuesto darle celos, fingiendo admitir los homenajes que Ledesma le rinde en forma de pasas, almendras, bacalao y cajas de vino. Todo ello, lo repito, es muy claro; mas constituye un juego que no se podría prolongar sin peligro, y al cual ya he dado punto, por lo que respecta á mi hija. No faltaba sino que el porvenir de Usted y el de ella estuvieran á merced de los impulsos del amor propio irritado; no señor; que Ledesma se guarde sus pesos, ó los tire festejando á alguna gallega paisana suya; y que la honrosa medianía, acompañada de un carácter noble y de la cortesanía y finura que á Usted distinguen, se lleve la palma del triunfo. ¡Abajo Galicia, y viva México!

—La completa equivocación en que Usted incurre. . . . .

—Amigo mío, quien, como yo, descom-